

Antonio Pereira, cuentista y chismógrafo

Cuentos para lectores cómplices Antonio Pereira

Madrid, Espasa Calpe, col. Austral, 1989, 264 págs.

Picassos en el desván Antonio Pereira

Madrid, Mondadori. 1991, 208 págs.

por Juan M. Pereira Rodríguez

En la mesa de mármol del casino estaba el ABC memorioso y decía. Doña Helena de Fiare de Luna v Pérez de la Plana. Condesa de la Plana y de Santarcángelo, falleció en accidente en La Spézia (Italia) el día 31 de mayo de 1986. Hay una cruz, hay una esquela honrosa, sus padres los condes, sus hermanos los condes.

La Condesa Helena contaba diecinueve años de edad v en la tarde del casino de un pueblo como el nuestro, era imposible no ver una verja de hierro entornada, una fuente en un parque, el cuello de una estatua.

La esquela, Picassos en el desván

Lo tardío de la presente recomendación -otros títulos menos envejecidos ya parecen inencontrables- queda justificado por la oportunidad, probable, recomendable, factible, de adquirir estos libros. El primero pertenece a una colección hartamente popular cuya permanencia en los anaqueles de las librerías -sobre todo aquellos títulos que no pertenecen a los programas de enseñanza- suele otorgarle mayor perdurabilidad que a otras novedades; del segundo se encontraban varios ejemplares, a un precio irrisorio, en la librería Taifa (local de horario extraño, propio de cinéfilos del Verdi, y que ordena su sección de -viejo- por orden alfabético: para que se te salten las lágrimas).

Cuentos para lectores cómplices es una colección de libros de relatos: comprende *Los brazos de la i griega*, *El hilo de la cometa y el ingeniero Balboa y otras historias civiles*. Esta voluntad reunidora no responde a un proyecto de obra total - quizás sea eco del premio Fastenrath que obtuvo su libro de 1988 *El síndrome de Estocolmo* (en Mondadori)-, pero la imagen de collage que resultaría de la suma de sus textos acaso no difiera mucho de una silueta de Antonio Pereira como gastrónomo del cotidiano andar entre las gentes.

Sería ocioso extenderse sobre las tramas de sus narraciones, pero por su seriedad y por su fabulosa importancia en el quehacer del autor, hay que sugerir algunas: un ciclista de enorme proyección, forma física y condiciones, no triunfa a causa de un difícil acomodo al pedaleo; Paco Lourido tiene una fijación con los cierres de los sujetadores, y por qué no; en un congreso de pedicuros se discute sobre las pedicuras para señores solventes; lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos: para una vejez animada no hay como atender a las paredes medianas, a las servidumbres de paso de los caminos y a los antiguos pasadizos de comunicación secreta...

Este poeta y narrador -cuentista vocacional, se le ve- lleva gafas: parece de los que se las ponen con diligencia aunque sólo para el mero reconocimiento de las cosas, y luego se las quitan para mirar con ojo inteligente, chafardero, con ganas de extraer el último requiebro de los sucesos y de las personas. Para situarlo dentro de una nómina, aunque sólo para orientar al lector y sin menoscabo de su manera peculiar, debo aludir a Joan Perucho, a Álvaro Cunqueiro. Pereira es menos amigo de huida hacia el espacio fantástico, se apropia de un material narrativo acorde con una realidad próxima y la estiliza con maestría: por su selección temática de microscopio irónico (erotismo, deporte, cosmopolitismo, tribalidad); por la caracterización de sus personajes, cercanos al lector (ciclistas, funcionarios, viajeros, camareros. hombres de a pie); por su uso de los materiales narrativos en toda su complejidad técnica; por el nivel del lenguaje, adecuado a cada situación e instrumento permanente de alarma hacia el lector. Esto no quiere decir que los relatos del de Villafranca del Bierzo rehúyan siempre lo que hoy es propiamente considerado como fantástico, puesto que la realidad en ellos es traspasada muchas veces por una mirada reveladora de aspectos inquietantes, yo diría que propios de la poesía -y ésta, para qué engañarnos, es el género fantástico-.

En *Picassos en el desván*, precisamente, algunos relatos toman el aspecto de poemas en prosa, aunque muy lejanos a lo que normalmente se entiende por, tal, ya que no se renuncia a la narratividad, no presentan niveles temáticos -elevados-, ni traslucen a primera vista una voluntad esteticista. En ello quisiera ver, precisamente, la huella de una consciente asunción del relato moderno como género prestigiado y

capaz de asumir el peso de exigencias actuales. Esto pondría a Pereira en la estela de los mejores. Yo ya lo he colocado ahí, por mi cuenta -no por su apellido, no tenemos nada que ver-. La naturaleza del cuento debería situarlo hoy -al género- por su polivalencia, en el interés de los editores y del público lector. Daría audacia al autor, soportaría el ritmo de consumo de supermercado, y ayudaría a una selección menos problemática de las nuevas generaciones. Pero esto es tema de muchas otras páginas.